

TRES EXPOSICIONES

FORMULA Y RECETA



BELTRÁN MASES. *La mantilla*

La obra pictórica de Federico Beltrán Massés plantea una espinosa cuestión de medios y fines que es interesante dilucidar. Ya se sabe que el cuadro es el resultado convencional y efectista del equilibrio o desequilibrio, según los casos, que las cualidades y las ineptitudes del pintor ocasionan en el plano previo del trabajo artístico, determinando la localización y el ángulo del punto de vista. El pintor elige aquel camino que incluso sus propios defectos le abren—al prohibirle los rumbos de otras preferencias posibles—y que la virtud ha de orientar. La particular y unilateral posición psicológica y estética del artista representa ya *a priori* una exclusión rotunda de aquellas sugerencias plásticas que el tema le ofrece, pero que el pintor ha abandonado para consagrarse por completo al aspecto que decide su elección. El asunto—estímulo externo—se hace tema, es decir, reacción personal que informará y completará la obra de arte en un sentido unívoco. Tal vez no sea la inspiración otra cosa sino el momento en que un ingrediente extraño a la conciencia, pero captado por ésta—bien surgido en el mundo exterior de los sentidos, bien en el ámbito de la introspección—, se convierte en sustancia temática y, por lo tanto, en fuerza que impulsa a la realización del cuadro.

La cualidad y el acierto fundamentales del pintor deberán consistir en la consolidación eficaz sobre el cuadro de estos valores parciales de la elección. Dado que el instante inicial del cuadro—el de la selección o descubrimiento de lo temático en un asunto o en una serie de asuntos—rige la necesidad de predilección, la unilateralidad, es preciso que el cuadro, producto convencional de esta convención previa que es el punto de vista, no provoque en el observador la sensación de lo ficticio e inacabado. El poder suasorio de una obra pictórica, el

potencial de los factores por los que obliga a aceptar al contemplador lo arbitrario y convencional que contiene, radica simplemente en una síntesis. Lo contrario de una síntesis, que desdénia lo accesorio en beneficio de lo esencial—lo contrario de una fórmula—, es una receta.

El recurso o receta no es el imitarse a sí mismo, no es la «manera». El proverbial «renovarse o morir» no reza con las artes. Hay ciertamente inflexiones, infracciones y evoluciones de la línea típica de un artista, de su estilo. Hay hasta verdaderas «involuciones». Y muchos pintores han acreditado en las obras que inventaron al final de su vida una especie de protesta contra las tendencias a las que habían obedecido en tiempo anterior. Pero esta apoteosis final o autorrebeldía a las puertas de la muerte no significa contradicción. En rigor, repiten contra sí mismos a última hora una actitud de disconformidad idéntica a la que les llevó a irritarse cuando jóvenes frente al clima estético en el que se ejercitaban. Esta paradójica inclinación aparece en los años postreros y es el agónico destello que alumbra y presagia el trasmundo. Semejante crisis espiritual acusa la continuidad de un carácter, el perdurable aliento subversivo del genio, etc.; pero no sirve de argumento contra el estilo siempre igual de un artista en toda su obra y en el transcurso de la edad. Morir para renovarse es, en cambio, un buen lema para el pintor. Así murieron, por ejemplo, en su cabeza todos aquellos proyectos de los que han prescindido sus manos al llevar a cabo en el cuadro una sola de las normas posibles.

Federico Beltrán Massés no es un pintor de receta. Su estilo es una sucesión de fórmulas; pero no un sistema de pactos claudicantes entre la técnica y el problema. Un fallo en el uso de las reglas del pintar—de la técnica—engendra una forzosa renuncia del artista a los itinerarios estéticos que su defecto le veda. Cuando un pintor sabe adaptar y perfeccionar aquel orden de creación.



DURANCAMPS. *La perdiz*



SISQUELLA. *Bodegón*